

# Un Gran Problema Renteriano

**E**L reciente decreto del Gobierno de S. M. dando benévola acogida en el seno de la Real Academia Española a nuestro idioma vernáculo, me impulsa a hacer ligeras manifestaciones en orden a la importancia que encierra el gran problema de la conservación del euskera en este Rentería de nuestros amores, donde vimos la primera luz de nuestra existencia.

Quisiera que mis palabras de hoy fueran un llamamiento amoroso a todos los renterianos, a los que nacieron aquí y a los que, venidos de extraños pueblos bajo la atracción e impulsos de la resaca del mar de la vida, se han connaturalizado con los hijos nobles y hospitalarios de este pueblo laborioso, ya que todos, moviéndose en órbitas distintas, han contribuido al progreso material y expansión industrial del Rentería de hogaño, búcaro de una flor aromática y bella que vive y crece regada con las gotas de sudor de las frentes de sus hijos.

No necesito extenderme en prolijas consideraciones para encarecer la importancia que, a todo el que se precie de renteriano, debe merecerle la conservación y restauración social del idioma vasco, por ser nuestro, el de nuestros padres, el que lo llevamos impreso en nuestros apellidos y vive en los términos toponímicos que constituyen nuestra villa, por ser nuestra lengua vernácula y primitiva y signo exterior principal de nuestra peculiar personalidad, rasgo preciosísimo de nuestra nobleza racial y carácter distintivo e innegable de nuestra personalidad como pueblo, y como pueblo antiquísimo, original e inconfundible entre todos los demás pueblos, no ya tan solo entre los pueblos distintos que integramos y constituimos hoy la Monarquía Española, sino entre los pueblos y las razas todas que constituyen la humanidad entera. Si nos sentimos, pues, orgullosos de ser vascos, no podemos desinteresarnos de este problema trascendental que tan vivamente afecta a la entraña de nuestro ser de renterianos. Los pueblos sanos y normales, como el hombre cabal y sano de espíritu, deben amar su personalidad más que su vida misma. Por eso, si bien sea cierto que no debe desatenderse la parte material de nuestro ser cuando de mejorar y progresar se trata, pero no es tampoco menos cierto, que lo que constituye la personalidad del hombre, y por consiguiente de un pueblo, y los coloca en categoría «trascendente» sobre el universo, es su inteligencia con la variada irisación de sus actos, es la bella floración de su sentimiento y su voluntad libre y responsable de sus actos.

Y es ésta la razón, por qué no son suficientes las medidas craneométricas, para determinar el carácter de una raza; es menester pesar en la balanza de la razón la actividad intelectual de la colectividad, cuyo signo, si no único, al menos sí principalísimo, es el idioma. Ved ahí por qué todo pueblo que tenga conciencia de su personalidad propia, se resiste por instinto de conservación a abandonar su idioma propio, porque se dá cabal cuenta de que, tras la pérdida del principal signo de su personalidad, vendrá sin remedio la desaparición completa de su personalidad misma. Por consiguiente, el pueblo que abandona su lengua vernácula, él mismo se mata, y se hace acreedor al escarnio y desprecio de los demás pueblos de la tierra, y al dictado ignominioso de pueblo suicida.

Pero, si a nosotros como vascos principalmente interesa la vida social del euskera, a España entera le

debería interesar la conservación en los ámbitos de su mismo territorio de una lengua singular, la más antigua de Europa, la que atrae hacia sí las miradas de los sabios extranjeros de más renombre científico, reliquia viva de los tiempos prelatinos de la antigua Iberia, según don Ramón Menéndez Pidal, que «despierta el mayor interés de veneración que puede despertar ninguna otra reliquia de la más remota antigüedad»; «la lengua primitiva de cuantas hoy existen en el mundo, según el sentir de don Julio Cejador»; «hermoso gigante, al decir del sabio Vilson, ante quien el griego y el latín aparecen como dos minúsculos enanos».

Ante el interés científico del euskera en el mundo sabio, que lejos de disminuir, aumenta de día en día, ante el movimiento vascológico extranjero, hoy más importante que en otro momento cualquiera de la historia, ningún español que de las glorias de su Patria se gloríe, debe permanecer indiferente ante la grave crisis que en los pueblos industriales padece en la actualidad nuestro idioma, y es fuerza que los Ayuntamientos se preocupen de esta cuestión capitalísima del País Vasco, y que los padres de familia, los intelectuales y las fuerzas vivas, cuantos se precien de vascos y de españoles, laboren sin descanso por la introducción del euskera en las escuelas primarias de nuestro País. Nada o muy poco haremos por nuestro idioma secular, mientras no logremos de los poderes públicos la enseñanza sea elementalísima de la lectura y escritura en euskera a los niños euskaldunes en las escuelas primarias. Porque sin lectores es imposible tener literatura, y pueblo sin cultura propia y lengua sin literatura, condenados están a la muerte.

Aquellas palabras de feliz recordación, que con tanto respeto como regocijo escuchamos de labios de nuestro Rey don Alfonso XIII (q. D. g.), en el solemne acto de la apertura del memorable Congreso de Oñate: «Consagraos al estudio y fomento de todo cuanto pueda contribuir al adelanto y progreso del País; cultivad vuestra lengua, el milenario y venerable euskera, joya preciadísima del tesoro de la humanidad, que habéis recibido de vuestros padres y debéis legar, incólume, a vuestros hijos»; el reciente decreto del Gobierno, creando dentro de la Academia Española la Sección de Lengua Vasca; la importancia cada día mayor que concede la Filología moderna al estudio de nuestra muy amada lengua, nos hace esperar confiadamente que «el Estado—como atinadamente hace observar el escritor navarro don Miguel Inchaurrondo,—que cuida de los monumentos de piedra y metal, con diligencia y esmero laudables, ha de tomar alguna determinación práctica para salvar de la muerte esta veneranda reliquia de los tiempos ibéricos, monumento vivo de la España que fué».

Si los vascos todos unidos en fraternales lazos de amor, trabajamos con ahínco en la difusión social de nuestra lengua, habremos merecido un bien de Dios y de la Patria, sentiremos la íntima satisfacción del deber cumplido, al mismo tiempo que nos hacemos acreedores a la gratitud de las generaciones vascas venideras, por haber contribuido con nuestro patriótico esfuerzo a hacer llegar hasta ellas, incólume, este caudal preciadísimo del patrimonio racial que heredamos de nuestros mayores.

DR. LUIS DE JÁUREGUI, Pbro.